

CAPITULO XLII

FRENTE Á FRENTE

TODAVIA Bazaine estuvo esperando en Puebla varios días á Maximiliano y aun hizo que sus gentes cometieran algunos desmanes para llamarle la atención; pero todo fué en vano: las noticias que recibía del ministro francés Mr. Danó, eran todas en el sentido de que Maximiliano no pensaba marcharse del país. Supo Bazaine que Miramón había sufrido una furibunda derrota cerca de Zacatecas y que su hermano D. Joaquín, también general, había sido muerto en el combate.

—Este es un aviso del cielo para el Archiduque, dijo á sus gentes, ahora ya no le queda más recurso que alcanzarme.

Pero á los pocos días, como antes dijimos, D. Severo del Castillo derrotó al general D. Anacleto Herrera y Cairo, cuyo jefe, según se dijo entonces, fué fusilado, y esto vino á moralizar nuevamente al ejército imperialista. Entonces Bazaine, ya en Veracruz,

dió orden de que se embarcaran sus tropas despidiéndose de México para siempre. No se figuraba el gran Mariscal que su grandiosa epopeya comenzada en el país azteca iba á tener su desenlace en Sedan.

Maximiliano entretanto llegó á Querétaro á la cabeza de sus tropas y fué recibido estrepitosamente por Miramón, Mejía, el prefecto Escobar y todos sus partidarios que estaban allí reunidos. Allí se encontraba el núcleo militar del imperio: el de la política se había quedado en la capital medroso y temblando por los resultados de aquella estrambótica campaña.

El general Escobar, prefecto de Querétaro, terminó así el ampuloso discurso que dirigió á Maximiliano: «*Dios os bendiga, Señor, y á nosotros también; y que la posteridad os proclame con el justo título de gloria de MAXIMILIANO EL GRANDE.*» Los aduladores mexicanos siempre han sido muy exagerados, sobre todo, son muy amantes de poner á todos los jardines, plazas, calles y teatros los nombres de las personas vivas que gobiernan. La adulación es un vicio muy extendido y que ha echado profundas raíces entre nosotros, lo cual es de sentirse, porque los aduladores contrastan muchísimo con los hombres serios, circunspectos, altivos, independientes y de inteligencia sana que hemos tenido.

Pero no nos divaguemos y sigamos nuestra relación.

A los pocos días de estar muy festejado Maximiliano en Querétaro llegó Mendez con su división, hubo la recepción correspondiente y entonces Miramón creyó la hora propicia para expedir la proclama que

sigue y que solo se inserta para que se comprenda cual era el espíritu que dominaba entonces:

«Soldados: La lucha que desgarró el seno de la patria es sostenida por un enemigo salvaje, de quien huyen las poblaciones en masa por sus violencias, por sus rapiñas y por sus instintos feroces: ese enemigo ha vendido el territorio nacional á los *yankees*, porque lo mismo trafica con el honor de las familias, que con los plagios y la independencia de México.

«Sus primeros corifeos, tales como Corona, violan las capitulaciones que se ratifican bajo la garantía del honor, de la conciencia y de la opinión pública: las tropas del general Chacon acaban de ser víctimas en Colima de una alevosía que no puede calificarse. Juárez y su camarilla fusilan á centenares de nuestros camaradas, y asesinan en Tepetates á uno de vuestros generales, que, por el sólo hecho de estar herido, habria sido respetado aún por las tribus de los caribes: la barbarie de esos hombres sin corazón, que se apellidan partidarios de la libertad, barbarie que ha lastimado mis más tiernos y naturales sentimientos, hace degenerar la contienda que sostenemos por honor de la sociedad, en una guerra sin cuartel, que orilla los males públicos á una extremidad altamente deplorable: sea en hora buena, puesto que ellos lo han deliberado así.

«Soldados: se nos ha arrojado un guante que implica un duelo á muerte: hagamos á nuestros cobardes enemigos el honor de levantarlo; pero escuchad los últimos y lejanos ecos del malogrado general Osollo, que exclamaba en 1858: «¡Ay de los vencidos! ¡Viva el Emperador; viva el ejército nacional!»

El general D. Ramón Mendez no quiso quedarse atrás y también expidió una proclama con sus correspondientes humos, aunque no tan belicosa como la de Miramón. Decía entre otras cosas por ejemplo á sus soldados: "No olvideis que durante vuestra permanencia en Michoacan, jamás fuisteis vencidos: que no tenga yo el sentimiento de saber que algunos soldados de la brigada han dado un paso atrás. No; todos adelante, al dulce recuerdo de vuestros triunfos derramad primero hasta la última gota de sangre en las aras de la patria, que ver en vuestra frente el negro borrón de la ignominia.

En medio de la pelea y en el calor de la refriega, á los gloriosos gritos de *viva la independencia* ¡viva el Emperador! *aplástareis la hidra de la revolución* y podreis conquistar los laureles inmarcesibles de un verdadero y sólido triunfo!»

No dejaba entonces de notarse como cosa muy curiosa, que tanto Maximiliano como sus generales, decían siempre en sus proclamas que ellos eran los que peleaban por la independencia de México y por la libertad, en contra de los rebeldes y los revolucionarios.

El 24 de Febrero se verificaron tres sucesos notables y muy significativos en la ciudad de Querétaro. El primero fué la organización que dió Maximiliano al ejército imperialista nombrando jefes del cuerpo de infantería á Miramón, del cuerpo de caballería á Méjia y de la artillería al coronel Ramirez Arellano. Nombró Cuartel Maestre á Márquez y jefes de las divisiones y Brigadas á Casanova, Castillo, Escobar, Mendez, Gutiérrez etc., etc.

El segundo acontecimiento fué el banquete que ofreció el joven soberano á la crema militar que lo rodeaba, con la particularidad de haber sentado cerca de su augusta persona al coronel Miguel López, que era uno de sus íntimos y favorecidos.

El tercer acontecimiento fué la junta que celebró algo despues de haberse verificado el banquete, pero todavía en la misma tarde y bajo los humos del Champagne, en cuya junta se adoptó la resolución, á propuesta del mismo Maximiliano, de salir sobre el enemigo el día 26, esto es, dos dias despues de aquel que estaba terminando. El plan que iba á llevarse á efecto consistía en cargar todo el ejército sobre las fuerzas que mandaba el general Ramón Corona y al cual se había incorporado ya en Morelia el general Régules con las suyas. Fácilmente derrotadas estas que no contaban con cuerpos disciplinados, se echarían violentamente sobre las fuerzas de Escobedo, las que tenían que ser igualmente derrotadas. Destruídos aquellos dos cuerpos que eran los principales en que se apoyaban los republicanos, ya el imperio quedaría consolidado. De los jefes que se encontraban en el Oriente y Sur con elementos de alguna consideración, casi ni se hacía referencia, pues que todo acabaría en los extremos luego que la guerra quedase terminada en el interior.

Así con suma facilidad fueron destrozados los juaristas en aquella junta, sin pensar aun en las dificultades materiales que tenían que presentarse para poner en movimiento un ejército de doce á quince mil hombres. Se habían pedido algunos elementos de guerra muy indispensables á México y los ministros habían

contestado que no tenían suficientes tropas para escoltarlos, porque las partidas revolucionarias habían aumentado cerca de la capital de una manera alarmante, y por otra parte, se había estado esperando que el general Olvera bajara de la sierra con sus chusmas para que se quedara de guarnición con ellas en la plaza de Querétaro. Faltaban además el dinero y las bestias de carga. Hubo por fuerza que aplazar la salida y perder tiempo.

Véamos lo que pasaba entre tanto en el campo republicano. El general Escobedo que disponía de unos diez mil hombres, salió de San Luis Potosí dejando allí una guarnición que sirviera de respeto al gobierno de Juárez, que debía establecerse muy pronto en aquella ciudad, y puso, por de pronto, mientras arreglaba con Corona una combinación, su cuartel general en Dolores Hidalgo.

El general D. Ramón Corona que había venido limpiando el territorio de imperialistas desde Sinaloa y Sonora hasta Michoacán, había entrado á Morelia con seis mil hombres y se habían puesto á sus órdenes dos mil que tenía allí el general Régules. Al día siguiente de encontrarse allí, el 21 de Febrero, recibió un extraordinario de Escobedo: este le pedía su itinerario y lo apremiaba para que forzase sus marchas con el fin de no dar tiempo al enemigo de recibir refuerzos de México, de salir de Querétaro y de situarse entre las dos fuerzas para impedir su reunión.

Corona le marcó cual era el itinerario que iba á seguir con su ejército para que por allí le mandara sus correos, ofreciéndole moverse con toda la prontitud que le fuera posible. . . . Aunque Corona tenía á su la-

do magníficos jefes, probados en cien combates, había alguna desconfianza en sus fuerzas y en sus aptitudes, en tierra desconocida. Conocía la táctica de Lozada, y se había acostumbrado á conocer un poco la de los franceses, pero no tenía deseos de encontrarse frente á frente de Miramón y Márquez, así es que hizo sus marchas con sumo recelo y tomando precauciones exageradas. En cambio, Escobedo no lo perdía de vista, como no perdía tampoco al enemigo al cual tenía muy vigilado, estando listo para contrariar cualquiera de los movimientos audaces de Miramón que era el general más terrible de los imperialistas. ¿Qué habría pasado si el ejército de Querétaro se hubiera podido mover el día 26 sobre cualquiera de los dos gefes republicanos? Que seguramente Miramón hubiera derrotado á Corona y quizás también á Escobedo. A los imperialistas no les faltaba para nivelar sus fuerzas con cualquiera de los jefes republicanos sino algo de artillería bien montada: esa falta principal y las otras accesorias que se han mencionado, les impidió salir. No era otra cosa sino que estaba ya escrita la muerte del imperio en el libro de los destinos.

Cuando Corona llegaba ya á Celaya le avisaron sus exploradores que por el camino de Querétaro se veía una fuerte polvareda. En el acto mandó formar en batalla á los ocho mil hombres que le seguían, no obstante que sospechaba que eran diez ó doce mil los que iban á atacarlo. En el punto en que se encontraba no cabía más elección que aceptar el combate. ¡Por fortuna eran amigos los que levantaban la polvareda! Los coroneles Franco y Bermudez llegaban á Celaya con sus cuerpos de caballería. ¿Quié-

nes eran los coroneles Franco y Bermudez? ¡Sábelo Dios! Entonces se cruzaban fuerzas amigas y enemigas por todas partes, sin que ni unas ni otras se dignaran anunciarse. Lo natural era que esos coroneles avisaran á Corona, que era extraño en el terreno, quiénes eran y de dónde iban; pero entonces todavía se encontraba en pleno reinado el desorden.

Viendo Corona que no había ningún peligro con aquellos coroneles que le caían del cielo, desbarató la batalla y siguió su viaje para Celaya también, en donde entró el mismo día 27 participándolo así á Escobedo por correo extraordinario. A su vez el general Blanco comisionado de Escobedo en el Bajío le participaba á Corona que el enemigo permanecía quieto en Querétaro y que el general don Silvestre Aranda que pernoctaba á 4 leguas de Celaya se pondría á sus órdenes con la tercera división. En efecto, al día siguiente 28, entró Aranda á esa ciudad con tres mil hombres y 10 piezas de artillería. Corona respiró: ya podía con mejores elementos poderle hacer frente al enemigo si caso lo atacaba, una vez que quizás el momento decisivo estaba acercándose. El no podía dejar de pensar que fuera el escogido por Miramón para darle un golpe... tenía presentimientos. Sin embargo, en Celaya podía fortificarse en un momento y esperar que Escobedo lo auxiliara: además, ya tenía manera de comunicarse por telégrafo con ese general y por esa vía recibió una cita del mismo para Chamacuero con objeto de que ambos jefes celebraran una conferencia el 1º de Marzo en la noche.

Por fortuna Régules, general español, valiente y